

Gratificaciones inconscientes en la novela policiaca

Sofar, escribir ficciones (como leerlas, ir a verlas o creerlas) es una oblicua protesta contra la mediocridad de nuestra vida, y una manera, transitoria pero efectiva, de burlarla. La ficción (...) nos completa, mudándonos momentáneamente en el gran malvado, el dulce santo, el transparente idiota que nuestros deseos, cobardías, curiosidades o simple espíritu de contradicción nos incitan a ser...

Mario Vargas Llosa

A pesar de que la novela policiaca puede ser considerada un género menor, una literatura de evasión, se sigue leyendo, desde la aparición de *Los crímenes de la Rue Morgue*, de Edgar Allan Poe, en 1841, en todos los niveles culturales con verdadero deleite.

Sigmund Freud, según su biógrafo Peter Gay, leía novelas policíacas, a Agatha Christie entre otros autores: búsqueda del misterio, de lo oculto, a la que apuntaban también su gusto por la arqueología y el método psicoanalítico por él creado.

Ya que el placer formal, estético, no parece determinante, cabe preguntarse qué motiva la escritura y la lectura de este tipo de obra.

Desde el psicoanálisis, el arte en general satisface deseos no cumplidos en la realidad del autor y del espectador o lector.

a) PUNTO DE VISTA DEL AUTOR

Sublimación

El hombre está motivado por fuerzas inconscientes. La satisfacción de determinados impulsos está sancionada en su realización, y reprimidos podrían seguir un destino patológico (neurosis), expresarse de un modo antisocial (perversiones, agresión) o desviar su camino, inhibiendo su fin directo para canalizarse de un modo creativo: aquí actúa la sublimación y aparece la producción artística.

Los impulsos se exteriorizan, pero no en su forma original sino sustituidos por algo más elevado (ej: obra pictórica o literaria).

Así el motor inicial agresivo podría ser semejante en un asesino o en alguien que redacta una historia sobre un crimen, pero integrado en una personalidad diferente, con capacidades diversas, que lo conduce a un fin también distinto (el crimen o la obra).

Fantasia

El creador está más permeable que el hombre medio al mundo de la fantasía. Conserva una veta lúdica, permisiva, imaginativa. Por medio de las fantasías se expresan deseos, igual que en el sueño. Lo que la realidad no provee, se concreta en la ficción, y el sujeto se adentra en un mundo de aventuras misteriosas y lejanas a su realidad (ambiciosas, eróticas, criminales), compensatorias, aunque sus vínculos objetivos con la realidad se conservan.

Para volverse artísticas las fantasías deben sufrir una modificación que incluye suavizar lo rechazable así como su origen personal y ofrecer a los demás aspectos placenteros, revestidos de acuerdo a criterios estéticos.

b) PUNTO DE VISTA DEL LECTOR

Catarsis

En una época descarnada, con escasas emociones, el viejo beneficio del teatro griego sigue vigente y cumple una necesidad seguramente mayor. El lector logra una creciente tensión emotiva que llega a un clímax y se resuelve. Vemos junto a "la parte manifiesta del goce artístico otra parte latente, mucho más activa, procedente de las fuentes ocultas de la liberación de los instintos", dice Freud.

Se provocan fuertes afectos a partir de símbolos; leer también logra a través de la sublimación, un placer postergado de la realización concreta: jugar a matar en lugar de hacerlo.

No coincido con algunos investigadores psicológicos que se atemorizan ante el posible poder de las lecturas o películas violentas y de los juguetes bélicos. Esto incluiría la literatura policiaca. Jugar a agredir ayuda a canalizar, no promueve actividad agresiva. Si hacemos algo divertido de la agresión, le quitamos potencial. En el caso de niños, es grave que tengan inhibido el juego, temiendo una destructividad que no es tan peligrosa si se la logra canalizar.

La obra actuaría como placer preliminar, "el verdadero goce de la obra poética procede de la descarga de tensiones dadas en nuestra alma." Otra vez Freud.

Identificación

Es fácil identificarse con el héroe, sufrir, arriesgarse y finalmente triunfar con él, pero el mecanismo no es tan puntual.

En el caso de la novela policiaca en particular, considero que hay una identificación parcial con diversos personajes, lo que permite satisfacer impulsos agresivos, esconderse con el asesino, especialmente si es inteligente, zambullirse en su mundo, meterse luego en los zapatos del investigador, seguir con él las pistas, para emerger en el descubrimiento y la condena, del lado de la ley, de regreso de la ficción y con "todo en orden", sin dejar el sillón preferido, después de la travesura, con cierto placer reparatorio adicional.

El héroe (y a veces antihéroe), el investigador de la novela policiaca ofrece particulares atractivos para la indentificación. Siempre es un sujeto peculiar, algo apartado de la vida social, autosuficiente, solitario, con algunos toques especiales de cultura e intuición. Si tiene un equipo de apoyo, él siempre es superior, y a veces tiene que corregir los errores de sus auxiliares. Tiene una reserva de conocimientos, reacciona rápido y flexiblemente ante situaciones nuevas. Muestra salidas ingeniosas. Confía en sí mismo y reacciona a una agresión previa, para restablecer el orden. El lector adopta su punto de vista.

El héroe a veces cuenta con la figura de un confidente, como el Watson de Conan Doyle, que sirve también para destacar, por contraste, la brillantez del investigador.

Hay algo de omnipotente en él, "triunfa en la explicación de lo imposible" —dice Caillois—, aunque a veces se vea externamente gris, como el Hércules Poirot de Agatha Christie, el pequeño hombrecito del que muchos dudan si no será un farsante. Vale la pena ir de su mano.

Un deleite adicional son las oportunidades sexuales: rubias platinadas y viudas enigmáticas pueblan estas historias y pueden o no ser "utilizadas" sin que él pierda su flema. La aventura sexual se le ofrece, nunca es buscada y no lo compromete.

"En el campo de la ficción hallamos aquella pluralidad de vidas que nos es precisa. Morimos en nuestra identificación con el protagonista, pero le sobrevivimos y estamos dispuestos a morir otra vez, igualmente indemnes, con otro protagonista." Freud.

Transgresión

El hombre del Psicoanálisis está bastante lejos del hombrecillo Rousseauiano natural. Está movido por impulsos temáticos (agresivos) igual que libidinales, pero en función de las exigencias del medio y de la propia protección, la expresión directa de esos impulsos se va prohibiendo y transformando. A una parte de la agresión se renuncia por el balance del amor, y a otra por las normas y la educación. Las prohibiciones externas de su cultura van siendo interiorizadas por el hombre. Él mismo se censuraría de no cumplirlas. Su Superyo critica y plantea ideales. Pero qué placentero puede ser jugar por un rato a la anarquía del "todo vale".

La novela policiaca permite gratificar la transgresión en dos formas. Vivir las acciones prohibidas, penadas, que hace el criminal. Regocijarse con los métodos frecuentemente nada ortodoxos del investigador que burla los pasos policíacos y los supera, porque puede no atenerse a las reglas.

Curiosidad

A pesar de que no es muy "bien vista socialmente", la curiosidad es útil, creativa, descubridora. Cuando en los niños se reprime excesivamente, pueden tener dificultades en el aprendizaje. Pero usualmente se le da una connotación de inmiscuirse, forzar lo privado. En su génesis está la curiosidad sexual, acceder al mundo adulto, espiar a los padres. Pero sin curiosidad, ¿qué sería de la investigación científica?

En las novelas policiacas también se gratifica sublimadamente la curiosidad que el sujeto debe refrenar habitualmente en su vida social. Se siguen pistas, se revisa, se inquiere, se averigua el pasado, y el niño curioso que es el lector, se regocija.

Fantasia

El lector no cuenta por lo general con la fantasía polifacética del autor, pero desde su presente insatisfecho y anónimo, encuentra *ready made* un boleto en forma de libro, en que alguien que comparte o capta sus necesidades, le ofrece el sueño realizado y sólo tiene que meterse en él. Los *best sellers* funcionan también en este sentido, aunque apuntando a otras necesidades (estatus, sexo).

Las fantasías se plantean desde un deseo presente, que evoca un suceso pasado, generalmente infantil, en que ese deseo se satisfizo y la propuesta de una situación futura en que algo semejante pasaría. El libro lo hace por él.

"El poeta nos pone en situación de gozar en adelante, sin avergonzarnos ni hacernos reproche alguno de nuestras propias fantasías", dice Freud, y también: "Es muy probable que los mitos correspondan a residuos deformados de fantasías optativas de naciones enteras, los sueños seculares de la Humanidad joven."

Conclusiones

Roger Caillois en su libro *Acercamiento a lo imaginario* jerarquiza la gratificación del aspecto intelectual en la novela policiaca: "No se trata de un relato sino de una deducción. No se cuenta una historia sino el trabajo que la reconstruye; procura satisfacer, antes que nada, la inteligencia." Esta clase de novelas está emparentada con el ajedrez y los juegos de cálculo. Caillois también establece que el tiempo de dicha novela sigue un camino inverso al de la novela de aventuras. En esta última sigue el orden de los acontecimientos mientras que en la novela policiaca el relato sigue el orden del descubrimiento.

Más que el deleite intelectual, las gratificaciones que determinan que no se abandone la lectura de novelas policiacas están más relacionadas con aspectos emocionales: descarga sublimada de agresión, transgresión de las normas habituales, satisfacción de la curiosidad, identificación con los diversos personajes y realización de fantasías.

Y el mundo seguirá leyéndolas, como niños asustados, gritando de miedo, pero al mismo tiempo de placer. ♦

Texto leído en el Coloquio sobre la Novela Policiaca. Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 13 de julio de 1990.